

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO DE FESTIVO
 DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

AÑO III
Nº 137
 Octubre 11 de 1896

PRECIOS SUSCRICION
 MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

EXTERIOR
 Los mismos precios, en moneda equiva-
 lente, con el aumento del franqueo.
 Número corriente 30 centesimos - Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS
 Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57

TIPOS POPULARES
 EL AFILADOR



Eh... paciencia y barajar;
 que despacio, piano, piano,
 si me da al fin buena mano
 la snerte, lo he de afilar.

Y como así, aunque flojo es,
 lo afle, sin que se tuerza,
 ni con la pública fuerza
 me lo quitan de esta vez.

SUMARIO

TEXTO.—«Zig-Zag».—«Epigramas, Las primeras nubes, Un importuno», por Casimiro Prieto.—«Para Ellas, Carta abierta», por C. Osorio y Gallardo.—«Tras del queso».—«Los nerviosos».—«¡Terrible Alarma!», por Pérez Zúñiga.—«Teatros».—«Juguetes», por E. N.—«Cuadritos del natural», por Calixto Navarro.—«Los colegas de buen humor, En casa del Conde, (de *La Razón*)».

GRABADOS.—«Tipos populares, El Afilador», por Wimpaine II.—«Las primeras nubes», viñeta de J. Cabrinety.—«Un importuno», viñeta de Apeles Mestres.—«Policiales y Políticas», por Wimpaine II, y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.

ZIG ZAG



Gran cantidad de riesgos anexos á la amistad eran conocidos y aun clasificados, como para que á nadie cogiesen de sorpresa. Se sabía lo peligroso que es dar con amigos de confianza que le dan á uno bromitas apaleándole el sombrero, ó le piden prestados cinco reales, ó los pantalones de uso, ó una prima política para los momentos de ocio. Se conocían los peligros de los amigos lúgubres, que le piden á uno opinión sobre su próximo suicidio ó se lamentan en el seno de la amistad de una indigestión de coles añejas; de los Pilades curiosos que preguntan á la víctima si es aficionado á lecturas poéticas ó si se lava los piés con potasa los domingos antes de almorzar, de los Orestes expansivos que dan cuenta de su pasión por el salsifí al natural y sus proyectos para cuando tengan hijos bizcos.

En fin; todo esto era conocido y atenuado prudentemente en razón de saberse los efectos.

Pero todavía nos faltaba conocer los peligros de la amistad doctrinaria, y estos se ha encargado de enseñarnos la policía á los amigos del Dr. Melián Lafinur, en aula pública y contundente.

El incidente es conocido. Los policianos que sabían que aquellas personas eran liberales se dijeron sin duda:

—¡Pues ahora vamos á hacerles pedir á unos cuantos la extremaunción!

Y arremetieron contra los amigos acompañantes decididos á sacarles de la cabeza aquellas ideas ó algún pedazo del individuo.

Naturalmente; los que no habían arreglado sus asuntos antes de salir de casa, no podían resignarse á morir intestados y hechos *filets*.

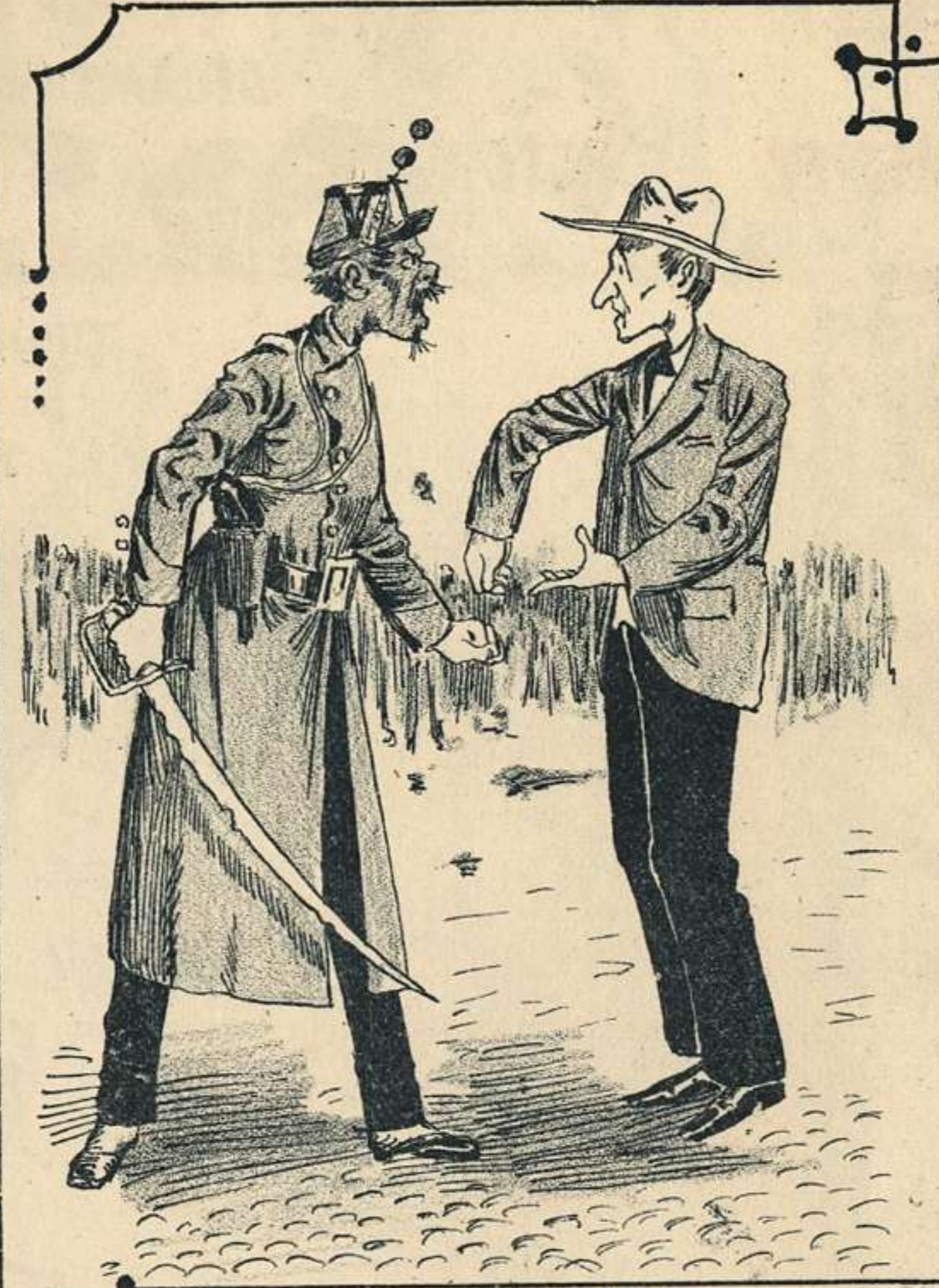
—Pero hombre, gritaba uno al policiano encargado de fallecerlo. Déjeme usted hacer testamento, y luego me serrucha usted. Para eso siempre hay tiempo!

—Señor celador, clamaba otro; le juro á usted que padezco de los piés y su corcel me está haciendo daño en ellos. ¿Usted no tiene escrescencias? Pues si las tuviera me dejaría usted sacarme estos botines y se ocuparía luego de mi defunción.

Pero en el entrevero nadie atendía aquellas voces. El que podía huía, el que no, caía, porque los caballos policiales no tienen consideraciones con las personas de bien.

—Pero caramba! —decía un distraído, á quien pisoteaban, derribado en el primer empuje—Qué piés tan pesados tienen estos guardias civiles!...

Otro procuraba enternecer el corazón de



seguro de que tuviera aquel órgano.

—Pero oiga usted, le decía.—Tengo reumatismo en este brazo por el que demuestra usted interés. Haga el favor de no amputármelo, hombre. ¿Para qué puede servirle á usted ese miembro averiado?

¡Qué! Los policianos enfurecidos no entendían de nada, y, obcecados, descargaban golpes á diestro y siniestro.

—Más tirando á lo siniestro, me decía después una de las víctimas.

Finalmente la fuga se hizo general; la cuestión era desaparecer aunque fuera por un resumidero.

Y así hubo quien llegó á su casa loco de inquietud, después de haber corrido ocho cuadras sin parar hasta hallarse delante del espejo.

—¿Pero qué haces? pregunta la esposa.

—¡Uf! Que se me puso que me había convertido en parejero.

—¡Pero hombre!

—Deveras, he corrido como si tuviera una pila eléctrica en cada pata... ¡digo! pierna! De aquel modo no corre nadie que no sea solípedo.

—¡Pero Dios mío! ¿Y la cola?

—¡Digo! No era chica cola de guardias civiles la que venía trás de mí.

—¡Estás loco! Te creíste ya con crines y todo...

—No, pero con lomos sí; ahí, en el lomo, es donde me pegaban.

—Es lo que tiene, el meterse en esas cosas; te he dicho tantas veces que pongas freno á tus entusiasmos...

—¡Sí yo lo decía! Ya quieres enfrenarme! Estoy caballo, no me cabe duda!

—Pero tranquilízate, hombre! Te juro que no estás más caballo que antes.

—¡Ah! No me convencerás de que no tengo un par de bazos dentro de los botines! Y nadie lo sacaba de ahí.

Esto aflige á cualquier esposa sana, pero los de la policía no se cuidan de ello.

Es de suponerse que con los heridos habrá habido escenas desgarradoras.

Más de uno habrá llegado á su casa con algún miembro de menos, provocando el horror de la familia.

—¡Dios santo! ¿Qué tienes?

—Una pierna de menos: ya lo ves.

—¿Pero no saliste con las dos?

—Sí; pero se quedó con una para recuerdo un guardia civil.

—Sería una bestia ese hombre?

—O quizá fuera pedicuro...

Siempre es bueno pensar lo mejor para consuelo.

Porque cada vez que anda la policía en estas cosas, hay estragos.

—En las de Marzo,—decía una señora—salió mi marido bien almorzado, entero y completo, y me lo trajeron en camilla.

—En la de Onetto,—decía otra—salió mi cónyuge íntegro, y me lo trajeron en cuatro pedazos.

¡Es horroroso!

Pero los policianos son así; sobre todo en el caso del sábado en que, tratándose de exterminar liberales, creerían sin duda hacer obra pía.

Y lo peor es que las esposas católicas todavía esperan que para algo servirán estas cosas.

El Domingo, sin ir más lejos, decía á su señora D. Sansón y Dalila Lopez. (El papá fué quien le puso ese nombre lírico y armonioso.)

—Lo que es á mí, puedo decirlo, esos animales por poco me convierten...



—¿Al catolicismo? exclamó ella gozosa.

—No; en carbonada.

EPIGRAMAS

Casi como primicia damos hoy los cuatro epigramas que más abajo van, y que don Casimiro Prieto y Valdés, el chispeante director del lindo ALMANAQUE SUD AMERICANO ha incluido en el tomo XXI de esa lujosa publicación.

Acaba de aparecer, y todo el atractivo de la novedad, se agrega al felicísimo ingenio derramado en ellos.

Tras de feroz gritería y escándalo no pequeño, oí este diálogo un día entre un ratero y el dueño de cierta paragüería:

—¡Suelta el paraguas!

—Ahí queda

—¡Ladrón!

—¿Ladrón? ¡Voto va! no hay quien llamármelo pueda; ¿qué dice el rótulo?

—Seda.

—Pues yo he leído *se da*.

—Tu rusticidad da grima.

¿Niegas el saludo á Artal?

—Y hago bien, desde que el tal

le tiene en tan poco estima.

—¿En poca estima? lo dudo,

Gedeón.

—Dos veces ó tres

le saludé, muy cortés,

y me devolvió el saludo.

LAS PRIMERAS NUBES



—¿Por qué, necia, no seguí de mamá el sabio consejo? Aunque don Juan era viejo me amaba con frenesí, Y siendo su único bien y estando con él casada, hoy, en vez de desdefnada, fuera querida...
—¿De quién?

UN IMPORTUNO



—Dispense usted...
—¡Ea! ¡al grano!
—Como no estoy muy seguro...
—¿es usted don Sixto Muro ó su hermano?
—¡Soy mi hermano!

CASIMIRO PRIETO

CARTA ABIERTA

AL SEÑOR DOCTOR THEBUSSEM

En su «Huerta de Cigarra» (ó donde se halle).

Mi distinguido señor y estimado maestro: Recibo por conducto de Blanco y Negro, excelente marco para sus delicadas labores, la contestación á la consulta que desde mi estafeta de *El Resumen* dirigí á su alto saber en todo, y más particularmente en lo que se relaciona con eso que constituye la sabrosísima tarea de «hacer por la vida». Dándole, á fuer de agradecido, que lo soy, las pruebas más rendidas de mi estimación por sus amabilidades, paso sin más preámbulos á decir á usted cuáles son, no mis opiniones, porque rara vez me permito el lujo de tenerlas, convencido como estoy de que, si no son del agrado del prójimo, es inútil hacer de ellas gala, sino las opiniones que en el intervalo de tiempo que ha mediado de su primorosa carta de usted á la tosca mía, he podido ir recogiendo de cuantos, sobre el tema de la hora en que se ha de citar el coche para la salida de un convite, se han creído llamados á dar soluciones.

La casi totalidad de ellos han pensado que plantea usted la cuestión en términos inaceptables para los que, no siendo favorecidos por la fortuna (y somos unos cuantos), no se pueden dar el gusto de disponer de coche propio.

Y ya salió el primer *dictingo* augurado por su perspicacia.

La posesión de tan cómodo mueble, aunque ha llegado á popularizarse más de lo que nuestra pobreza tradicional tolera lícitamente, no es, por desgracia, tan general, que la invitación á un convite lleve entre sus dobleces el convencimiento de que á quien va dirigida posee la berlina y el tronco de yeguas oportuno para arrastrarla. Pero todo en este mundo tiene su compensación, y las paradas de *simones* en invierno y de *manuelas* en verano, con que se tropieza al volver cada esquina, nos consuelan de la falta de cocheras propias, y aún nos dan ocasiones de reiterar nuestro agradecimiento á la Suprema Divinidad, porque nos concede la pesetilla de la tarifa, y aún la propineja indispensable, en tiempos tan calamitosos como los presentes.

No es esto solo. Entre los adelantos de que la moderna sociedad disfruta, figura, y usted tiene buen cuidado de apuntar, el que supone el tranvía á diez céntimos; pues bien, este adelanto, que hace indisculpable la falta de puntualidad á la hora de asistir á un convite, ¿no nos deja en libertad de permanecer en él todo el tiempo necesario, en la seguridad de que cuando le necesitemos hemos de hallarle con sólo dar dos pasos?

Interpretando, pues, menos literalmente la pregunta que al final de su epístola somete galante-

mente á mi discreción, para usted bondadosa, y para mí más que problemática, y convencido de que sólo trata de apreciar ¡sabe Dios con qué fines! y conocer mi opinión respecto á la hora en que el convidado debe retirarse del lugar del suceso, me confieso enredado en el *según y conforme* presentado también por usted.

Mi especial manera de pensar en este punto depende principalmente de la hora señalada para el convite. Es decir, de que sea almuerzo ó sea comida, de igual manera que un y otro obliga á vestimenta diferente.

Como á usted le ha ido perfectamente llegando á la casa seis ú ocho minutos antes de la hora señalada para servir la comida, á mí me ha ido no menos bien haciendo en los almuerzos muy corta la sobremesa, y en las comidas todo lo larga que las circunstancias lo han permitido. Creo que hallará usted mi conducta razonable. Después de la hora del almuerzo vienen las de los paseos, las visitas, etc., que reclaman á los dueños, y sobre todo deñías de casa, tiempo y libertad, y robárselo constituiría un mal pago á la delicadeza con nosotros tenida. En cambio, por la noche, eso de *comida hecha, compañía deshecha*, se me figura otra ingratitud. Quien nos invita á su mesa desde anochecido en adelante, parece como que nos invita al propio tiempo á la velada de su casa, ó á su palco del teatro en caso de gran confianza; y marcharse en cuanto se ha dado el último sorbo al café y consumido la copita de licor, estimo de poca corrección y carencia absoluta de galantería.

Queda ahora una última cuestión, y es la de decidir la hora en que se ha de abandonar la velada, en caso de haberla, y para ello me encuentro, como la araña en su tela, preso en un nuevo *según*.

Empiezo por suponer que la casa en cuyo comedor tenemos un asiento y una servilleta, no nos es tan en absoluto indiferente que no nos haya hecho pensar en los gustos y caprichos de sus dueños, para arreglar á su pauta nuestra conducta; y tanto puede faltarse permaneciendo en un salón horas y horas cuando la nostalgia de los colchones y sábanas hace bostezar al amo de la casa ó cabecear á la que con él comparte las delicias de unos y otras, como *sobrase*, por sobra de miramientos, abandonando á lo mejor de la noche al anfitrión. *trasnochador* y amigo de ver cómo se confunden y luchan los últimos chisporroteos de las velas de los candelabros con los primeros y sonrosados aleteos del sol. Casas hay en que á esa hora, en que, según las señoras antiguas, se destemplan las habitaciones, no queda en pie ni un solo criado, y otras en que el *transnochar* constituye media vida para sus jefes y dueños: no citaré á usted ejemplos de las primeras, porque por un lado no quedan muchas, y por otro, acaso no las agradara ver que se hacía público su gusto de seguir la máxima que afirma que la noche se ha hecho para descansar. Pero de las segundas, ¿quién no las conoce? Hago caso omiso de la de nuestro querido Luis Vidart, porque aun cuando por gusto suyo esas «dos de la mañana» en que usted dice en su carta, en letra bastardilla y entre admiraciones, que salió la última vez que en su amena y amabilísima compañía estuvo comiendo, serían siempre, y los jueves en particular, «cinco ó seis de la madrugada»; quienes de ordinario la visitamos somos gente morigerada y honesta, que no nos place estar á más de las tres de la madrugada fuera de nuestro nido; pero si diré á usted, ¿cómo puede calcularse á cuántas horas de la entrada se debe citar el coche para la salida de un convite, si éste proviene del ilustre escritor Fernández Bremón y su amable esposa Pepita Salamanca, en cuya casa de la calle de Génova se ha entrado á comer, y *Fernanfior*, entre otros, puede decir si miento, á las ocho de una noche y se ha salido á las ocho de la mañana del siguiente día?

Amoldarse á las costumbres del prójimo creo que es el secreto para vivir en santa calma, y para en el punto por usted á mi consultado, quedar en el justo medio; y cuando esas costumbres van sazoadas, como en los casos citados, con espléndidas comidas y derroches de amabilidad y talento, ¡miel sobre hojuelas!...

Lamento hoy más que nunca, mi señor y amigo, no poseer el ingenio que se necesita para departir con usted, sin notable desventaja, y transmitirle, sobre el tema objeto de la consulta, opiniones más concretas que las apuntadas; aunque, bien mirado, de esta suerte le dejo el campo tan libre como antes lo estaba, para que sea usted quien diga, después de ver el poco auxilio que puede prestarle mi insignificancia, y con la autoridad por todos á usted reconocida, lo que acaso por verme en el aprieto actual quiso que yo dijera.

Esperando la ayuda del cielo para quedar más airosamente en las ocasiones sucesivas que se me presenten de merecer el alto honor de sus interrogaciones, me reitero como su más fiel servidor y complaciente amigo, que le besa las manos,

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.



¿Eh? Ya lo sabía yo, y creo que lo dije en la anterior crónica.

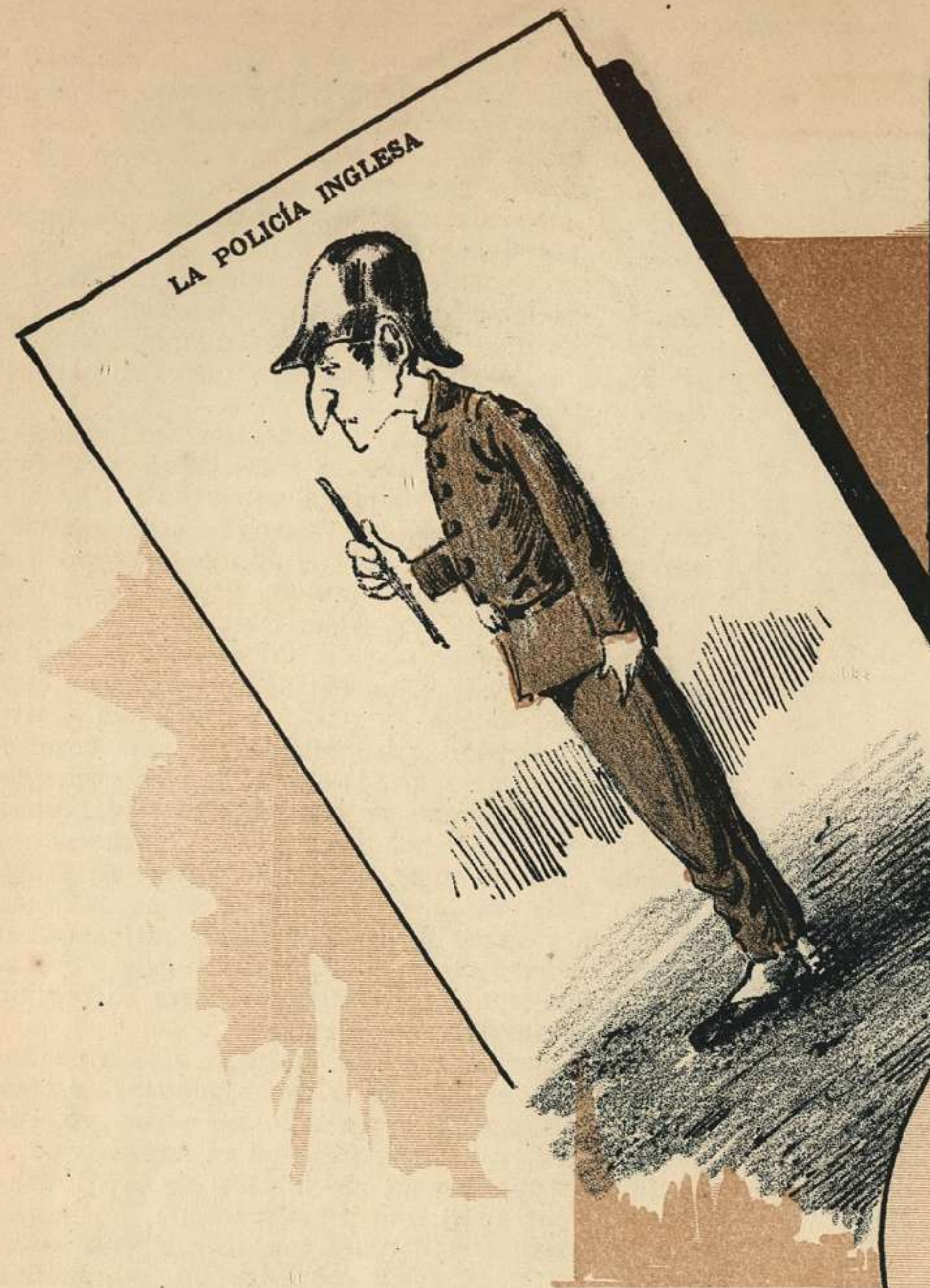
La carta del Doctor Thebussen ha gustado, me lo han dicho muchas, y yo lo creo sin que me lo juren, porque tienen necesariamente que ser interesantes para todas esas cuestiones que resuelven cuestiones con que á cada momento puede hallarse quien frecuenta la sociedad.

Le que yo decía. Lo útil y lo agradable. Este debía ser el lema que rigiera mi sección si siempre estuviera el Doctor Thebussen dispuesto á llenarla con tan sabrosas pláticas.

Pero como probablemente no pensará en ello, me contento por lo pronto con no dejar la cosa incompleta, transcribiendo la respuesta de don Carlos Ossorio y Gallardo, que también es interesante, sobre todo como respuesta.

ESTRELLA NEVARES.

**



POLICIALES

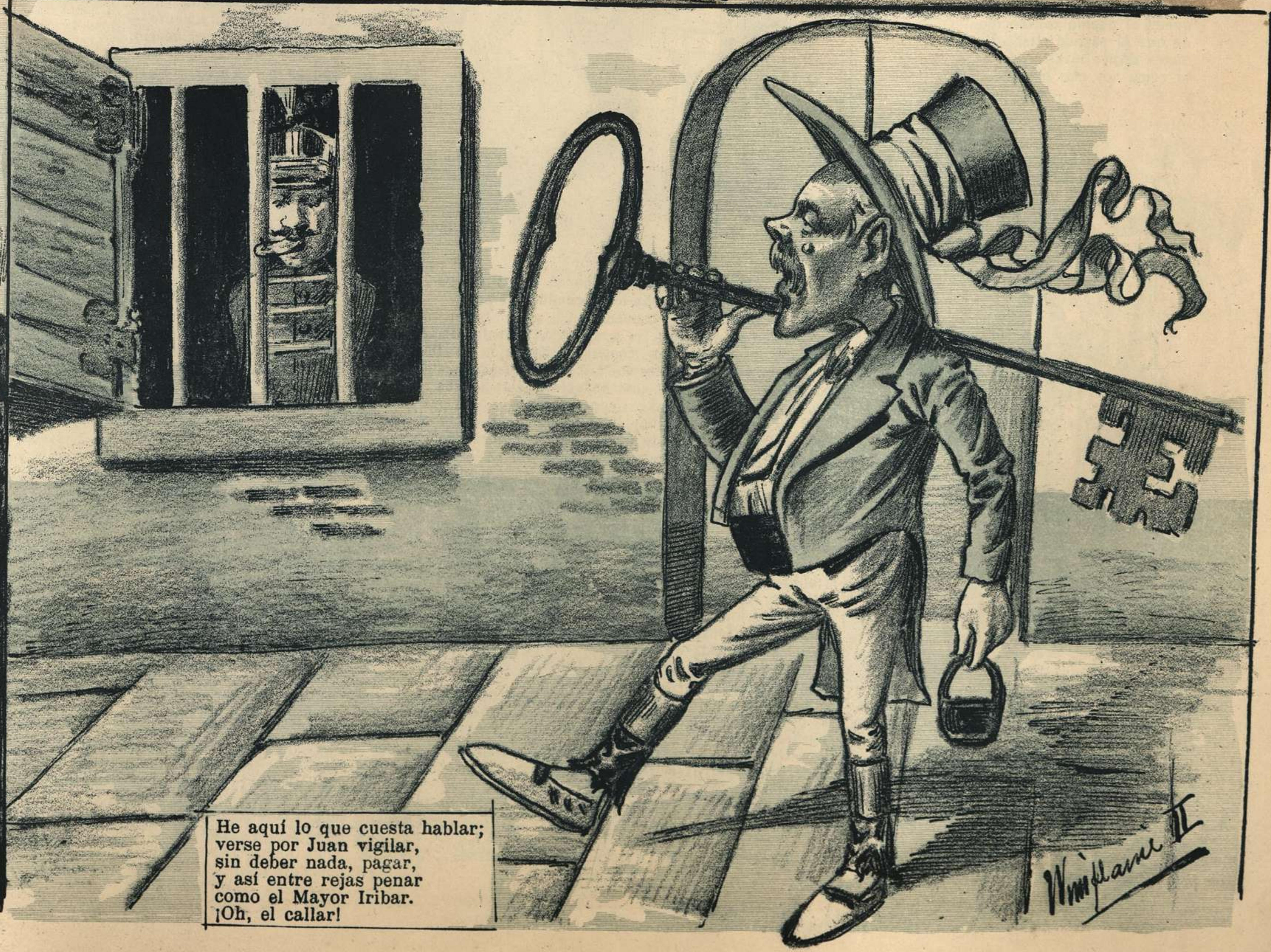


Ved lo que cuesta hoy en día ir de otros en compañía acompañando a Melián, según de brutos están los de nuestra policía.

POLITICAS



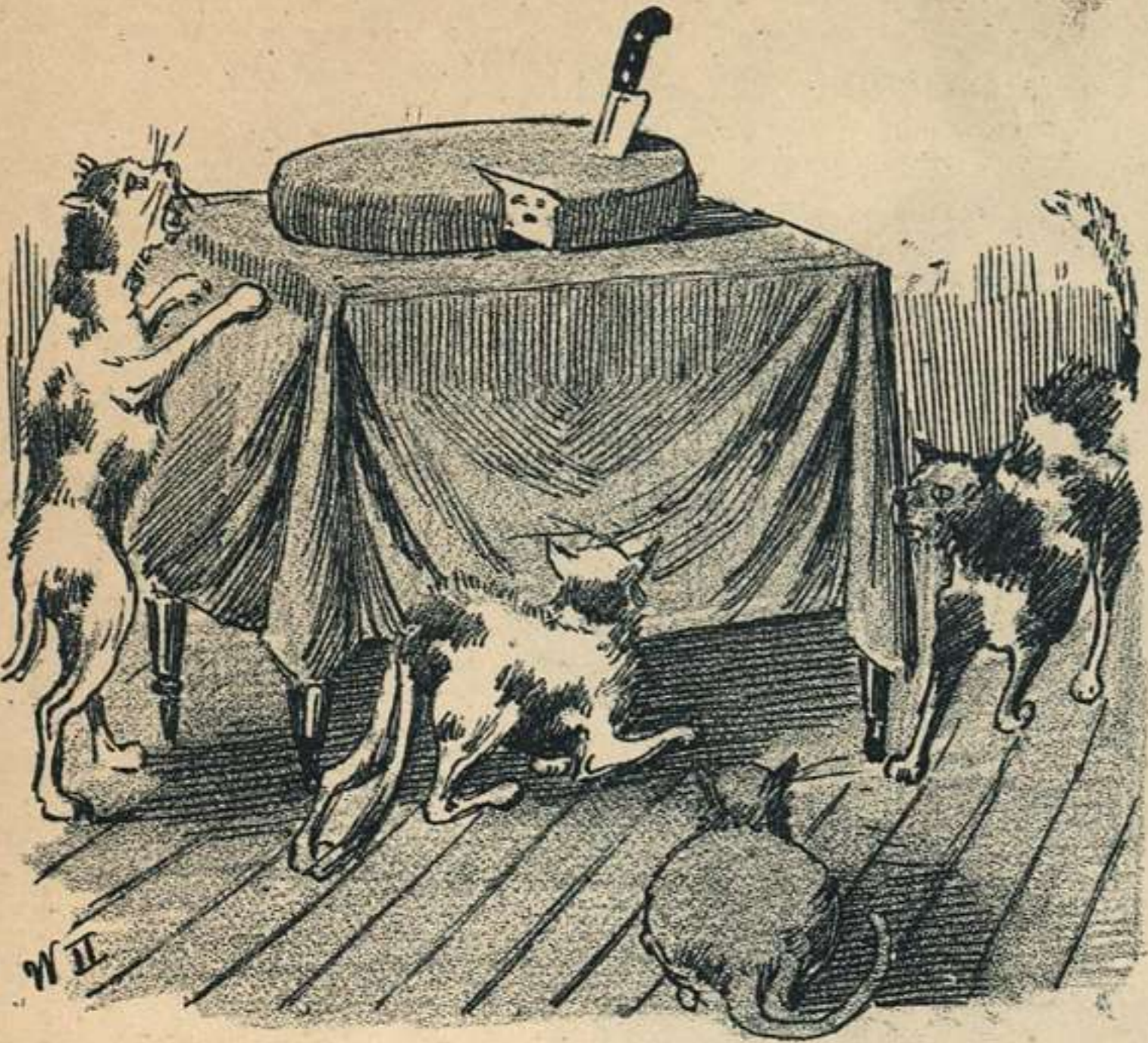
Hablar hoy de patriotismo, de ley, de sufragio muerto, y predicar en desierto todo viene a ser lo mismo.



He aquí lo que cuesta hablar; verse por Juan vigilar, sin deber nada, pagar, y así entre rejas penar como el Mayor Iribar. ¡Oh, el callar!

Wm. Llanos II

TRAS EL QUESO



Tan luego en *La Lira*, en el templo de las especulaciones ideales se reunieron los prácticos, los que digieren bien y no están contentos, prefiriendo una indigestión parlamentaria á la honrada digestión barata.

Fueron 133 y se asegura que quedaban muchísimos más con iguales disposiciones.

—Tenemos tras esa Asamblea diez mil colorados en pié, decía un entusiasta á S. E. Juan.

Y dicen que S. E. Juan contestó rascándose la cabeza y apretando un ojo:

—Son muchos para sentarlos á todos!

El caso es que mientras los colorados independientes concluyen por declararse además de independientes impotentes, los colorados dependientes ó aspirantes á serlo, eligieron pomposamente la Comisión Directiva del Partido.

Con todo esto, si no se ha ruborizado el partido en masa es porque no tiene rubor ó porque no tiene masa.

Con lo cual

queda el pueblo convencido de que el partido citado nunca estuvo más partido ni como hoy más colorado.



No es porque yo tenga á veces los nervios atacados y tirantes como cuerdas mojadas, pero la verdad es que los ataques nerviosos están de moda.

Y es natural; la posesión de unos nervios quisquillosos tiene que ser prerrogativa de las gentes finas, que tienen cierta distinción y el organismo echado á perder; porque en algo se ha de diferenciar una persona bien de un felpudo ó de una baldosa.

Ahora, la calidad ó forma de los ataques varía según los gustos y la condición pecuniaria de cada cual. La cuestión es tenerlos.

Hay quien se dedica al histerismo feroz y en cuanto llega el acceso comienza á maltratar el mobiliario y la familia. Estos suelen ser los mal nutridos pero abundantes de jugo gástrico.

Una señora á quien me liga estrecha relación y una deuda de diez y siete reales, posee un marido que es neurasténico y toca la flauta con mucho sentimiento.

Siempre que me informo de su salud contesta la señora:

—¡Ah! Trasatlántico siempre así, así... Como es tan niervudo...

—Si; nervioso.

—Eso es; cuando le viene el ataque se echa á morder cuanto pillá.

—¿Y pillá algo?

—A veces pillá una fiebre; otras, una prima carnal... según.—El otro día, sin ir más lejos, le vinieron á decir que al chico mayor, que está en el colegio, le había derribado las muelas otro muchacho por cuestión de unos versos de Becquer. Oirlo y pegarle un puntapié á la perra, todo fué uno. Pero Trasatlántico—le decía yo, conociendo que aquel era el principio del acceso.—Trasatlántico, apaciguate, mira que... Nada! Le tiró un mordisco al mármol del aparador que por poco deja la dentadura allí.

—¿Y mordió á alguien?

—Mordió medio kilo de queso de chancho y el acordeón de mi cuñado, que es *amateur* de ese objeto.

—Desgraciado!

—Oh sí; y esto no es nada; cosa triste cuando, en medio de un ataque, se tragó un cuaderno de música sentimental íntegro. Era la romanza *Vorrei morire!* Y cuando se le hubo pasado, viera usted! Se echó á cantar con un sentimiento que ablandaba las piedras y hacía llorar gordo á los garbanzos. Nosotras aterrorizadas. El desdichado quería morir! Mi cuñado, viendo que aquello era una resolución irresistible, le propuso hacer testamento y quiso administrar la extremaunción con el aceite de hígado de bacalao. Pero él, sigue que sigue con *Vorrei*



morire!... Hasta que no desembuchó el último *calderón* de la romanza que se había comido, no paró.

Estas cosas son así; tremendas.

También asistía yo á las tertulias de una familia que nos obsequiaba con copitas de Emulsión Scott en verano y versos tristes con bizcochuelo en invierno. Pero el dueño de casa padecía de los nervios y de las muelas picadas.

Y en cuanto le atacaban, se le ponía en la cabeza que tenía la pera de color violeta y daba en asegurar que tenía colgado allí un obispo. Por lo del color, sin duda.

De ahí que cuando las relaciones advertían que empezaban á ponerse los pelos como tachuelas y á aletearle despacito las orejas, se echaban á derramarle bromuro de potasio por el físico y no paraban hasta dejarle exánime debajo del sofá, en la imposibilidad de afeitarse aquel apéndice episcopal.

Serán remedios crueles, pero necesarios.

Los nervios hoy en día son los tiranos de la humanidad y todas las precauciones son pocas para evitar su maldad.

Eso sí; ellos lo pagan todo, también, cuando se llega el caso.

Con decirles á ustedes que un caballero indigente decía ayer contemplando tristemente su plato de puchero:

—Oye, esposa; esta vaca que por tí fué apuchurada, debía ser excesivamente nerviosa.

—Hombre, no seas perjudicial.

—Es que me parece que debe de haber sido toda nervios, como dicen.

—¿Por qué?

—Porque... porque, de veras, no veo la carne... La verdad es que el pobre come mal.

DE PÉREZ ZÚÑIGA

¡Terrible alarma!

Me marchó á comprar un ave con Blasa la cocinera.

Si te vas, cierra con llave la puerta de la escalera.

Y como hemos de tardar, llévate la llave tú.

—Bien; yo me voy á marchar á casa de Marcoartú

en cuanto escriba una cosa.

—¿Hara frío?

—No lo sé.

—Adios, Juan.

—Adios, esposa.

—Hasta poco.

—Asi lo haré.

(Salió mi mujer con Blasa y enseguida salí yo, dejando sola mi casa según la portera vió cosa rara en la portera, porque aunque es mujer que vale, muchas veces no se entera de quién entra ni quién sale.)

Cesó la luz bienhechora del sol. Comenzó á apretar el frío. A la media hora de salir de nuestro hogar, se hallaban en confusión los vecinos de la casa. ¡En ella había un ladrón con las manos en la masa! La portera, aún cuando es tuerta, bajaba de su guardilla, y al pasar junto á mi puerta, observó una lucecilla dentro de mi habitación; aplicó á la cerradura una oreja, y con razón fué en aumento su pavora, pues notó que dentro estaba un hombre, ¡un monstruo quizás! ¡¡un hombre que respiraba... como todos los demás! La mujer,—naturatmente,—llamó á todo el vecindario, y á dos guardias, y á más gente, con un miedo extraordinario. Salen todos los vecinos; salen en mano la pareja prorrumpiendo en desatinos y guardando la pelleja, queda apostada al momento, y á través de una ventana llega á ver que en mi aposento hay una persona humana que, sin andarse en chiquitas, abre mi armario de luna y mis prendas mejorcitas va sacando una por una. Cunde en la gente el cangueto, baja y sube todo el mundo desde el cuarto al entresuelo, desde el bajo hasta el segundo; entran, salen, vociferan, miran á mi habitación, y á todo el barrio le enteran del cinismo del ladrón. Cuando al enemigo intentan los guardias acometer, en el portal se presentan mi criada y mi mujer, que antes de lo que creían su comisión despacharon, y que á su casa voivían con dos aves que compraron. Les enteran de la cosa, y teniendo un gran destrozo, le dá un síncope á mi esposa, y cae Blasa sobre un mozo. Sube la gente en tropel, la cerradura violenta de mi cuarto, entran en él mi señora y mi sirvienta, y al pisar nuestra mansión trae el guardia valeroso que iba á efectuar la prisión de aquel hombre misterioso, se encuentran mi esposa y Blasa conque el tal hombre era yo, que había vuelto á mi casa á coger el paletó!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



Tosca, Primavera y El hotel del libre cambio fueron a s últimos funciones dadas por la Compañía Vitaliani en Solís.

La primera obtuvo igual éxito que en la primera vez; la Vitaliani fue aplaudida, con justicia y la presentación escénica elogiada con lo mismo. El hotel del libre cambio, idem idem, exceptuando lo último. Y Primavera, vertida al italiano por De Sanctis, resultó muy agradable, bien interpretada por la Vitaliani que mereció aplausos en la escena final y por el traductor, que hizo un buen Bonifacio.

La Compañía volverá en breve á Montevideo. Emanuel se le atrevió á La morte civile el domingo. Y digo se le atrevió, porque ha de necesitarse cierta energía para no matarse al natural con la morte á lo civil.

Triunfó el artista. No borró recuerdos que á nadie será fácil borrar, pero dejará los suyos.

Seis veces le llamó el público á la escena, terminado el el último acto, y fué justicia. Tuvo en el transcurso de la obra detalles notables y momentos muy felices. El teatro, casi lleno, naturalmente; el público se entretiene en ver morir civilmente, mientras no le toca el turno policialmente, en algún grupo de amigos, como el del doctor Melian Lafinur.

El jueves se dió Le maître des forges con el lleno cazuelero de siempre.

La Montagna salvó con acierto los escollos del difícilísimo papel de Clara, y Emanuel estuvo feliz en el de Felipe.

Yo hubiera preferido un Moulinet algo más vivo y verboso que el que nos hizo Rossi, pero puesto que ya está hecho...

**

En san Felipe se estrenó el juéves la compañía Pastor, continuando su temporada intermitente.

Gil y Mesa son los artistas de siempre no obstante la grande del último.

En cuanto al Cinematógrafo, aunque la empresa había forzado el réclame hasta donde lo permite la complacencia de la prensa, y el éxito respondió á lo que prometía.

Con buena luz, y con mayores perfeccionamientos y novedad en las vistas, satisfizo muy bien la expectativa de los concurrentes, numerosos en la primera función.

**

Al año, día más ó menos del incendio que destruyó al popular Nuevo Politeama, al teatro amigo que tantos buenos recuerdos llevó en sus nubes de humo, Crodara y Carbone han inaugurado un nuevo teatro. Es cómodo, bonito, fresco y apropiado. El público le tomará cariño y hará de él su predilecto, que bien lo merece la actividad y constancia de los laboriosos empresarios.

Quiera Dios que la buena estrella que durante tanto tiempo protegió al Nuevo Politeama se pose sobre el Pabellon Nacional llevando al nuevo teatro á «todos los hombres de buena voluntad».

La fama de que viene precedida la compañía Pantalena asegura el éxito de la primera temporada. Adelante, pues.

Jugueteos

La prensa ha vuelto á comenzar su campaña contra el juego.

El resultado de esta enérgica campaña será indudablemente fructífero, salutarífico y de un gran resultado para las familias.

Se prohibirán en breve la comedia Jugar al escondite y la zarzuela Jugar con fuego.

La Dirección General de Correos acabará por publicar circulares mandando que en lo sucesivo las cartas no se llamen cartas. Se llamarán misivas.

No quedarán en pie más que el juego escénico y algún otro por el estilo.

Las jugueterías serán clausuradas. Y multadas las mueblerías que fabriquen juegos de dormitorio y de sala y de comedor.

Todo, todo juego se suprimirá... menos el juego de la ruleta.

Esto como si lo viéramos.

E. N.



Estudios del natural

Van por la calle encopetada dama y tripudo galan hinchado y feo, y ni el hombre se escama si al descuido hay quien dice un chicoleo, ni ella se altera si á través del lente su acompañante mira con deseo á una joven que pasa por enfrente. Son marido y mujer, según mi cuenta, y su unión celebraron el SETENTA.

Un poco más atrás marcha otro ambo de análogas hechuras:

ella, erisipelosa; él, patizambo, y respecto á la edad... ¡dos criaturas!

Galante el hombre déjala la acera, y arrastra sus juanetes por los cantos, y parece una fiera

si al pasar la tropieza... uno de tantos.

Son amantes: no miente mi pupila; él es viudo de cierto,

y ella tiene á su cónyuge en Manila por gestión del amigo... pati-tuerto.

Casos también se han dado de ser ella la viuda y él casado.

Sale el autor que estrena, del teatro sólo, á escape y hundida la galera; pues lo mismo que dos y dos son cuatro le han jugado un pateo de primera.

Se le ve muy tranquilo hablar á voces sin sombrero, y no es guasa; alcanzó una ovación de esa feroces que arreglan una casa.

Si gana el jugador, fiestas, derroche, vestido á la parienta; comer en fonda, pasearse en coche y vida suculenta.

Que vino, como viene la contraria; disgusto en el hogar, tristeza, ayuno,

y por final... tener la solitaria. ¡Qué vicioso y qué tuno!!

Salen bien los negocios. ¡Qué talento! ¡Qué práctica social!... ¡Fama!... Renombre! Que se tuercen. ¡Has visto qué jumento? ¡Qué bestia es ese hombre!!

CALIXTO NAVARRO

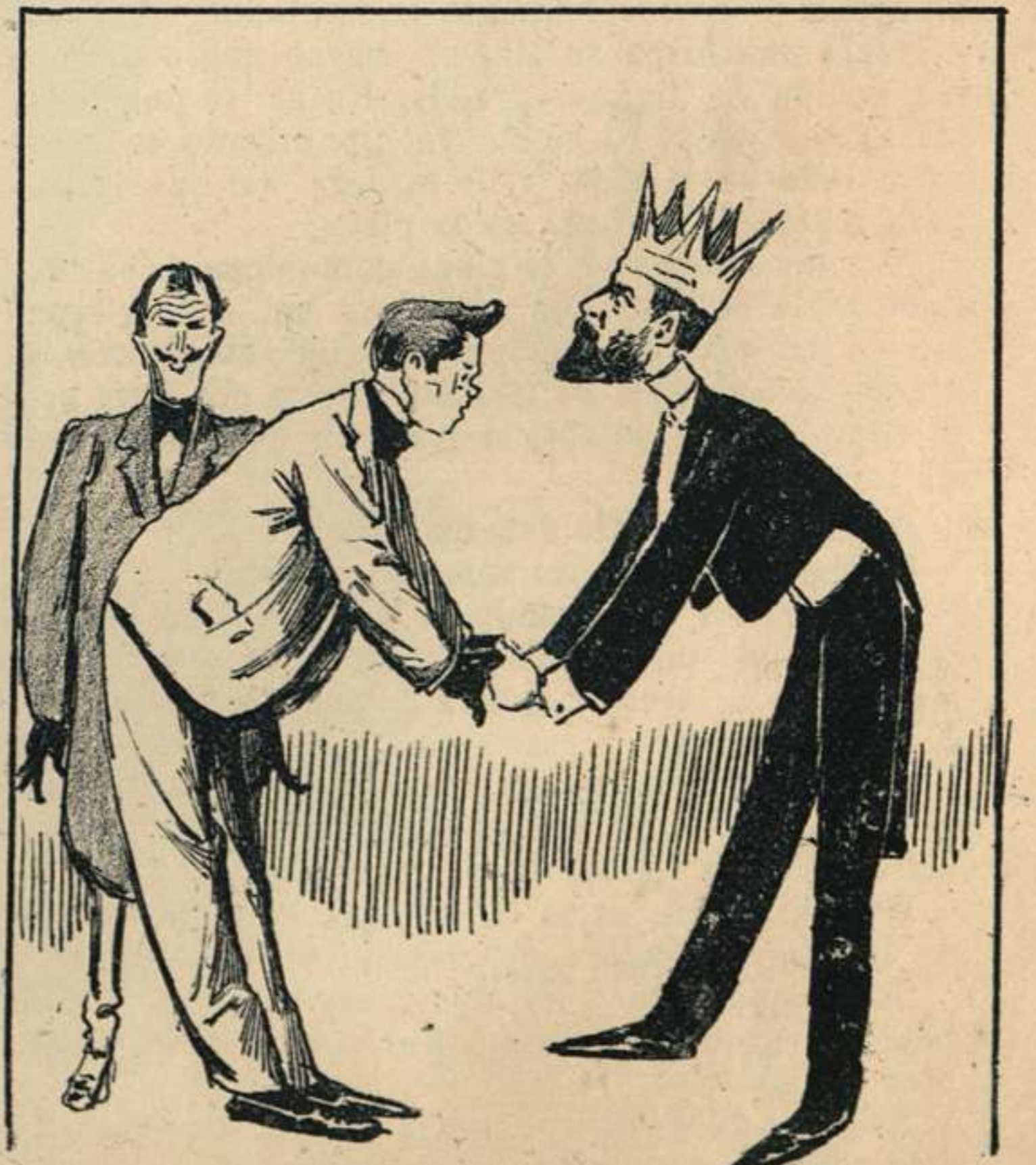


En casa del Conde

¡Viva el Conde de Das! ¡Viva el hipnotismo! gritaba la alegre comitiva al llegar el expreso á la Estación Colón. Y el Conde, muy elegante, muy mono, metido en su tradicional smoking retribuía esas galanterías con unas genuflexiones hasta el suelo.

Los coches fueron abordados, y un minuto después atravesábamos la avenida de los eucaliptus, obscura como boca de lobo, al trote largo de los caballos.

Doblando por el camino que va á la Tablada distinguimos á pocas cuerdas la mansión señorial, con sus jardines iluminados con profusión de farolillos de colores. Nos apeamos junto la verja.



Nuevos vivas; el Conde en el vestíbulo hacía los honores de la casa.

—¿Cómo está usted, señor Conde?

—Muy bien; muy bien. Gracias, gracias por haber venido á honrarme.

—¿Y la señora condesa está bien?

—¡Ah! mis amigos. La condesa no está. Viaja por Europa.

—¿Por Europa?... Lo sentimos mucho.

El Conde nos guiaba después enseñándonos las diversas reparticiones de su chalet-clínica, arreglado con mucho *chic*, con las paredes tapizadas de coco gris, grandes cortinados de tela de oriente falsificada, cuadros raros, muchos retratos de fakires y personajes indios, diplomas, medallas y certificados de muchas facultades y de sociedades ocultistas de todas partes del mundo.

Nos llamó la atención un retrato extraño adornado con flores naturales.

—Este es mi maestro y protector, gran fakir de la India, que estuvo tres meses enterrado, nos dijo el Conde.

—¿Y no aprendió eso, señor Conde?

—¡Oh! No me he dedicado.

—Lo que es yo, pasaré mucho más tiempo bajo la tierra, se atrevió á decir uno.

—¿Qué esperanzas!

—Ya lo creo. Cuando muera.

Durante algunos minutos se charló de fakirismo, de fuerzas psíquicas y magnéticas...

Se trataba de la ascensión voluntaria, en la que creía el Conde, y nos trataba de explicar científicamente.

Los muchachos no querían creer, y como ya tenían un tanto de confianza con el Conde, muchos se atrevieron á rebatir sus argumentos. Y la discusión habría tomado proporciones desagradables á no haberla cortado uno de los presentes.

—Yo creo en todo eso, dijo. Días pasados, un amigo mío, en un momento de desesperación, se agarró del pelo y se lo tiró hacia arriba con tal fuerza que ascendió hasta medio metro sobre el nivel del suelo. Así dió dos ó tres vueltas por el cuarto.

—La fuerza psíquica, interrumpió el Conde.

—Sí, señor. Y en cuanto se soltó el pelo cayó y se torció un pie con el golpe.

Pasamos á la sala de señoras, y tres ó cuatro señoritas esperaban nuestros homenajes. No había más familias á causa del mal tiempo, según nos explicó el Conde.

Muchas familias conocidas de Montevideo se quedaron, creyendo que se hubiera suspendido la fiesta.

—Señorita: perdone que le esté dando la espalda. Me interesa ese cuadro y...

—Usted no tiene espaldas, joven!

—Gracias, es usted muy amable. Mire, le voy á hacer un lugarcito. Vea usted también María... ¿María es su nombre, no es cierto?

—Está equivocado joven. Ujenia...

—Ah. Ujenia!... Se me ha hecho usted muy simpática y voy á presentarle algunos amigos.

—El señor Tal... La señorita Ujenia.

—Tanto gusto en conocerlo.

—Otro amigo, el joven... la señorita Ujenia...

—Tanto gusto. Su familia ¿buena?

—Buena, gracias.

—Otro amigo...

—*Ché! Vení*, que el conde nos vá á mostrar...

—Con permiso, señorita Ujenia.

Pasamos al consultorio del conde.

Estaba dando explicaciones de su invento, un invento suyo que actualmente perfecciona. Se trata de una máquina para fotografiar el pensamiento.

Explicaremos el aparato: es una mesita redonda pintada de negro. Tiene en su superficie un condensador eléctrico y varias combinaciones de alambres con el correspondiente conmutador.

Hacia una orilla se alza un marco negro con una inclinación de algunos grados. En él se ponen las placas sensibles. El sujeto ya hipnotizado se coloca al lado de la meta y de manera tal que la cabeza queda á la altura de la placa.

Las vibraciones en la placa comunican á los conductores eléctricos que van á su vez á una especie de brújula colocada sobre un disco con el alfabeto. La aguja vá marcando letra por letra hasta completar la palabra ó frase en que ha pensado el sujeto.

¿Han comprendido ustedes algo?

Daremos una explicación más gráfica.

El operador observando el disco vé que la aguja marca una m y anota m; marca una a escribe a; marca una c, escribe c; otra a, pone a; una n, pone n, y una última a y escribe a.

Después lee toda la palabra y pregunta al sujeto ¿qué palabra ha pensado Vd.? y resulta la misma que acaba de escribir.

Para el conde es lo mismo que el sujeto piense en francés, en inglés, en alemán, ó en sanscrito.

Suponiendo que los lectores habrán quedado bien enterados del invento del conde, pasaremos á otra cosa.

El doctor Das había anunciado algunas experiencias sobre el hipnotismo. Las precedió [de algunas

palabras sobre su sistema de curaciones, palabras que fueron un verdadero discurso. Habló de todo. Citó á Jesús, Jacoliot, á Mesmer, á Sócrates y á una punta de personalidades más ó menos célebres. Contó sus desventuras, sus persecuciones y las padecidas sufridas, para arribar á la conclusión de que era un mártir de las ciencias ocultas. El auditorio lo sancionó así, con frecuentes manifestaciones de simpatía.

Dijo además, que había recorrido todo el mundo y que no había encontrado un país que le inspirara tantas simpatías como el nuestro.

Debido á eso había resuelto establecerse definitivamente aquí, trabajar aquí, enfermarse aquí y dejar sus huesos aquí, cobijados bajo la protectora bandera de colores de cielo.

(Demostraciones de pesar en los espectadores.)



—Sí, señores. Yo he de morir...

—¡Que no se muera! ¡Que no se muera el Conde! —exclamaban los oyentes.

—Sí señores, he de morir; pero estoy seguro que no faltará quien tenga para mí palabras de agradecido recuerdo. (Algunos lloran.)

El conde concluyó su peroración. Sus últimas palabras fueron ahogadas por el estallido de una ovación, tal vez la más estruendosa que haya escuchado en su vida el mártir del ocultismo.

Y pasamos á las experiencias.

La primera fué la vegetación espontánea.

El conde echó semillas de alpiste en un plato con tierra y en pocos minutos crecieron unos yuyitos que se parecían á todo menos á alpiste. Hasta ortigas surgieron de entre la tierra á la evocación del conde.

—¡Oh! poder del poder hipnótico!

Después hipnotizó á una niña enferma que tiene en tratamiento é hizo con ella diversas experiencias.

La criatura tiene una nube en un ojo que el conde piensa hacerle desaparecer á fuerza de corrientes magnéticas.

Después nos presentó el doctor Das á otra enferma, una señorita que sufría de parálisis parcial en los dedos y ataques de asma.

Al mes de tratamiento la niña tocaba el piano y los ahogos habían desaparecido.

La hizo ejecutar un trozo de música en un Röhnische algo desvencijado. La joven cruzó por entre los concurrentes que la aplaudían con entusiasmo, toda ruborizada.

Tocó un vals de Metallo con algún acierto, por más que los dedos, probablemente á causa de algún vestigio de parálisis, no se movían con la desenvoltura necesaria.

Después vino lo gordo. *El Ten ó clock tea*. Primero se sirvieron las seis damas, á quienes acompañaban jóvenes que se disputaban el honor de ofrecerles un bombón, un pastel de ostras... Después del sexo regular tocó el turno al sexo feo.

A cada copa que se tomaba estallaba un *hurrah* estruendoso al conde de Das. Muchos salieron roncacos.

Baile familiar—Era la última parte del programa.

—Señorita, me acompaña Vd...

Con mucho gusto.

Y la charla se hizo interesante al compás de un boston muy mal tocado por una pequeña orquesta.

—Qué bonita fiesta ¿no le parece?

—Es verdad.

—No esperaba encontrarme con...

—Es verdad.



—...con niñas tan interesantes y tan buenas mozas...

—Es verdad.

—...como usted.

—Salga; no se ría.

—Yo reirme! No faltaba más! Verá Vd. como este amigo es de mi opinión.

—Ché, esta señorita no cree que es muy buena moza.

—Que no ha de ser! Se parece á la Virgen...

—De la Ayuda—agregó otro interviniendo.

En eso terminó la pieza. Mi compañera fué aseada por diez ó doce jóvenes que se disputaban el honor de la mazurka siguiente. Qué hacer?

Que se tire á la suerte. El que saque la pajita más larga...

No hubo tiempo. Un mocito de jaquet, vecino de Colón, fué el favorecido.

Parecía el novio de la muchacha.

La muchacha como sus tres compañeras de causa había comprometido con varios la pieza siguiente.

—Señorita, ésta es mi pieza.

—Señorita, es la mía.

La pobre no sabía con quien bailar.

La cosa era indudablemente muy interesante y nadie se habria acordado del regreso á Montevideo, si no se hubieran repartido unas tarjetas que decían:

«Caballero, falta un cuarto de hora para la salida de tren.»

—Señor Conde, tantas gracias.

Señor Conde, á los pies de urted.

—Adiós, señor Conde. Recuerdos á las niñas.

—Adiós Conde. Mis respetos á la señora Condesa ausente.

Y todos, *en voiture*, prorrumpieron en un ¡Viva el Conde de Das! Viva la Condesa ausente! ¡Viva el hipnotismo!

Ibamos á veinte cuadras del chalet-clínica y, estamos seguros, llegaban hasta el Conde los ecos de las ruidosas manifestaciones de los excursionistas.



—¡Viva el Conde de Das! se gritaba al llegar el tren á la Estación Central.

De lo que pasó en el trayecto entre Colón y Montevideo vale más no hablar.

(De La Razón)